Año XIII, No. 26, Otoño 2025 ISSN: 2314-1204

REY DESNUDO
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

# Javier Guiamet, *El socialismo argentino y la cultura de masas. Dilemas y estrategias del PS en los años de entreguerras* (Saénz Peña: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2023).

***Julian Delgado***
*Universidad Nacional Arturo Jauretche/CONICET*
*juliandelgadojulian@gmail.com*

*Fecha de recepción: 30/04/2025*
*Fecha de aprobación: 03/05/2025*

La cuestión de las relaciones entre cultura y política en la historia argentina ha sido abordada, de modo muy frecuente, tomando como puerta de entrada algún fenómeno artístico o sociocultural. Un caso muy evidente es el de las investigaciones que indagan en los vínculos entre música y política. En la gran mayoría de las ocasiones, el orden de esos dos términos no es indistinto: se trata de entender cuáles fueron los puntos de contacto, por caso, entre el movimiento folclórico y la élite azucarera tucumana, entre el rock y la última dictadura militar o entre una serie variada de canciones y el estallido social del 2001[1]. El

1 Oscar Chamosa, *Breve historia del folclore argentino. 1920-1970. Identidad, política, nación* (Buenos Aires: Edhasa, 2011); Sergio Pujol, *Rock y dictadura. Crónica de una generación (1976-1983)* (Buenos Aires: Booket, 2013); Martín Liut, comp.

acento, el centro de atención, está puesto en el primero de los dos términos, y la pregunta apunta a las formas en que una determinada experiencia musical se conectó con el universo de la política.

Por contraste, la decisión de estudiar esta articulación entre cultura y política poniendo el foco en un actor político ha sido mucho menos explorada. Eso es lo que hace de *El socialismo argentino y la cultura de masas* un libro original y de interés para un público académico amplio. Al revisar, como anuncia su subtítulo, los dilemas y las estrategias del Partido Socialista frente a la efervescente cultura de masas del período de entreguerras, esta investigación de Javier Guiamet consigue desestabilizar una imagen estereotipada de los militantes socialistas de la época como hombres solemnes y cerradamente alineados con los ideales de la cultura letrada e ilumina la forma contundente en que los nuevos espectáculos culturales y los medios masivos de comunicación transformaron las condiciones de posibilidad de la acción política de su tiempo.

Guiamet es profesor y doctor en Historia por la Universidad Nacional de la Plata, docente de la misma casa de estudios, de la Universidad Nacional Arturo Jauretche y de la Universidad Pedagógica Nacional e investigador del CONICET. Su libro, editado por la Universidad Nacional de Tres de Febrero, es a todas luces un libro de tesis. La hipótesis del autor es que la relación del Partido Socialista argentino con la cultura de masas estuvo atravesada por la tensión "entre la tentación por aprovechar la potencialidad para la difusión política que presentaban los nuevos medios y entretenimientos" y "una serie de prevenciones que la influencia sobre la sociedad de esta nueva cultura habría despertado dentro de las filas socialistas" (p. 14). Los distintos capítulos se ocupan de demostrar cómo esta tensión atravesó las posturas de los socialistas frente a los nuevos espectáculos teatrales, frente al cine, frente a la radio, frente a los grandes eventos deportivos (fútbol, boxeo) y frente a las narrativas mediáticas sobre los "héroes modernos" (aventureros y deportistas).

Antes de introducirse propiamente en el análisis, la "Introducción" y el capítulo 1 del libro presentan con claridad el problema de investigación y construyen un puente de diálogo entre dos grandes campos historiográficos: el de la historia del Partido Socialista y la cultura de izquierda,

*2001. Una crisis cantada* (Buenos Aires: Gourmet Musical, 2021). Por supuesto, esta no es una característica exclusiva de la historiografía argentina, sino extensible más en general a los estudios históricos sobre cultura y política.

por un lado, y el del desarrollo de la cultura de masas de entreguerras, por el otro. El estado de la cuestión es exhaustivo y atento con los trabajos precedentes que advirtieron la necesidad de ir más allá de la "representación en términos de una competencia entre los ideales de tinte iluminista de los proyectos socialistas y las ofertas de la cultura de masas" (p. 35). Resaltan, en este punto, dos referencias: los trabajos sobre el socialismo que Dora Barrancos publicó durante los años noventa y la más reciente investigación sobre el periódico *La Vanguardia* de Juan Buonuome[2]. A la par, Guiamet consigue dar cuenta de la cada vez más abundante producción historiográfica sobre las distintas expresiones culturales de la "modernidad periférica" de los años veinte y treinta. En tanto exponen "la creciente capacidad de la cultura de masas para atraer a segmentos amplios de la población", la apelación a estas diferentes investigaciones resulta crucial para el objetivo de abordar "aspectos de la vida política del partido desde un ángulo diferente al comúnmente privilegiado por la historia política" (p. 283).

Ya planteada la hoja de ruta, el capítulo 2 se concentra en las formas en que los socialistas argentinos respondieron al auge del teatro como espectáculo de masas durante los años veinte. Esta masificación resultaba controversial para los socialistas, en particular porque estaba vinculada de manera directa con la expansión del "género chico", esto es, las comedias y los sainetes por los que los sectores populares llenaban los teatros del centro y también los de los barrios. Guiamet destaca que, poco sorpresivamente, en la prensa partidaria abundaron las críticas a la supuesta baja calidad artística y las motivaciones comerciales de estos espectáculos. Pero observa también que "el rechazo hacia estas obras convivió con intentos de asimilación, influencias e, inclusive, incorporaciones directas de estos géneros en sus propios actos partidarios" (p. 87). Al respecto, el capítulo propone distintos ejemplos. Uno de ellos es el del Teatro del Pueblo, Puerto La Plata, experiencia conectada con la del Teatro del Pueblo de Leónidas Barletta. Fundada en 1933, dirigida por Guillermo Korn y establecida muy pronto en la localidad de Berisso, esta iniciativa revela cómo, ya en el marco del nuevo régimen conservador instaurado por el golpe de Estado de 1930, la política cultural del partido encontró una vía para disputar el

2 Dora Barrancos, *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1991); Juan Buonuome, *Periodismo militante en la era de la información: "La Vanguardia", el socialismo y los orígenes de la cultura de masas en la Argentina (1894-1930)* (Buenos Aires: Universidad de San Andrés, 2016).

interés del público con el teatro comercial. Este éxito se debió a su ubicación en un territorio alejado de las luces del centro, pero también a una apertura a lenguajes estéticos de vanguardia y sobre todo a una mayor flexibilidad para organizar veladas en las que las funciones se combinaban con otras actividades recreativas, dando lugar a "una especie de kermés cultural" (p. 112). Así, sin abandonar los tradicionales objetivos de la "instrucción popular", este grupo de teatro popular y participativo encontró formas de hacer propia la máxima de Lenin que rezaba: "el teatro es necesario, no tanto para la propaganda como para que los obreros puedan descansar de su trabajo diario" (p. 111).

El capítulo 3, titulado "Usos y concepciones del socialismo sobre el cine", es tal vez aquel en donde mejor se evidencia la apertura del partido a las transformaciones culturales de su tiempo. El autor demuestra aquí cómo el cine ocupó un lugar de relevancia en dos sentidos distintos: como elemento de propaganda de las ideas socialistas y como fuente de atracción del público a los actos partidarios. El primer aspecto es clave. Lejos de espantarse ante el vertiginoso lenguaje cinematográfico, marcado por las técnicas de montaje y la fragmentación narrativa a través de los distintos planos, los socialistas identificaron su potencial para alcanzar un público masivo y, a partir de los años veinte, se lanzaron a la producción de películas originales. Guiamet explica que estas producciones "pueden haber compartido un registro cercano al de los noticieros cinematográficos de la época" y resalta el carácter pionero del partido en "el uso intensivo de los nuevos medios como herramientas políticas" (p. 125), consecuente con su auto reivindicación como "agente de la modernización" (p. 139) de su tiempo. El capítulo reconstruye, además, la "mirada socialista en torno al séptimo arte" (p. 137) a través del análisis de reseñas cinematográficas publicadas en distintas revistas, pero, sobre todo, a partir de la constatación empírica de que la proyección de películas de Hollywood fue una práctica común dentro de las distintas actividades organizadas por el partido.

La apuesta por difundir las ideas socialistas a través de los nuevos medios de comunicación de su tiempo también tuvo lugar en el caso de la radio. Tal como demuestra el capítulo 4, aquí tampoco "la ajenidad y el rechazo fueron las únicas posturas asumidas desde el socialismo argentino" (p. 165). Como había hecho con la cinematografía, el partido reconoció las posibilidades de difusión de su mensaje que la nueva tecnología de la radiodifusión le ofrecía e

identificó al éter como un nuevo terreno principal de la disputa política. Sin posibilidades de contar con una emisora propia (un proyecto demasiado oneroso), los socialistas buscaron sin embargo "adaptar su mensaje a las características del medio y también a las de su composición comercial" (p. 191). Así, por ejemplo, comprendieron la necesidad de elaborar consignas concisas y de gran efecto y difundirlas en diferentes espacios radiales, aprovechando a la vez la potencia multiplicadora y el efecto de cercanía que permitía el medio radial. Con todo, como reconoce Guiamet, la actitud socialista frente a la radio resultó un tanto menos innovadora que la demostrada frente al cine. La "propalación de frases de propaganda" por las principales emisoras comerciales y durante los "matches de fútbol" (p. 175) convivió, en desventaja, con el más convencional formato de la conferencia orientado a la instrucción cívica.

Ese ideal de elevación moral del pueblo que el partido definía como su máxima aspiración se vio especialmente tensionado por la popularización de los espectáculos deportivos, a los cuales las masas obreras se volcaban por entonces con cada vez mayor fervor. Por eso, el capítulo 5 es aquel en donde el carácter infranqueable de ciertas barreras de la ideología socialista frente a la cultura de masas se vuelve más patente. El caso más claro, sostiene Guiamet, es el del *turf*, el espectáculo más popular hasta los años veinte. Los socialistas rechazaron de plano las carreras de caballos por su ineludible asociación con la élite terrateniente del país. Su actitud hacia el boxeo fue muy similar: una y otra vez pusieron en tela de juicio el carácter deportivo de esa práctica y denunciaron las peleas como un negocio capitalista que contradecía las verdaderas necesidades del pueblo. La inmensa popularidad de un ídolo nacional como Ángel Firpo impidió, con todo, que la prensa partidaria sostuviera sin más la misma indiferencia que mantenía sobre el *turf*. Obligados a hacer más explícitos sus argumentos contra "los monstruos de la trompada" (p. 235), los militantes del socialismo dejaron expuestos en este punto los límites de su "apertura" hacia la cultura de masas de su tiempo (p. 243). Su ligera reivindicación del fútbol, actividad deportiva sobre la cuál proyectaron de manera repetida su "ideal pedagógico" (p. 206), pero que también criticaron a medida que se profesionalizaba, aparece entonces como una excepción más que como una norma. Las cuatro páginas que, como señala el autor en diálogo con el trabajo de Juan Buonuome, el periódico *La Vanguardia* la dedicaba a la cobertura de los partidos de cada fin de semana durante los años veinte

sugieren, más que un gesto genuino de acercamiento a un fenómeno cada vez más popular, una concesión táctica orientada a conseguir el objetivo general de "conquistar más lectores" (p. 202).

Más sincera, en cambio, se revela la forma en que la prensa socialista prestó atención, narró e interpretó las "hazañas" de los "héroes modernos" del período de entreguerras (p. 245). En una decisión acertada de Guiamet, el capítulo 6 se anima a abordar el posicionamiento del Partido Socialista frente a "las proezas de aviadores, exploradores y *recordmen*" del atletismo (p. 246) que por aquellos años llegaban a Argentina a través de los cables informativos de todo el mundo. Es cierto que, a diferencia del resto de los espectáculos masivos abordados en el libro, la capacidad de incidir de modo directo en estos también espectaculares fenómenos era mínima. Pero el estudio de la "recepción socialista", que el autor rastrea a lo largo de las páginas de *La Vanguardia*, permite comprender de modo más cabal la autopercepción del partido como "única fuerza política susceptible de considerarse moderna" (p. 279) y ayuda a identificar mejor la raíz de las tensiones que la cultura de masas generaba entre sus filas. Los grandes vuelos pioneros de la época (con sus riesgos, sus avatares, sus éxitos y sus desgracias), las apasionantes y peligrosas excursiones de ingleses y noruegos a la conquista del Polo Sur y los cautivantes récords de nadadores y atletas que día a día eran celebrados en las páginas deportivas del diario revelan, en el análisis de su narrativa de tono épico, la centralidad que los "imaginarios de progreso" individual, científico y técnico (p. 247) tenían para la identidad socialista. Un asombro socialista auténtico, pero no ingenuo, en tanto elegía "soslayar dimensiones como el nacionalismo o el imperialismo para priorizar la importancia de la ciencia y asignarle un carácter modélico a esta suerte de héroes modernos" (p. 270).

La lectura de *El socialismo y la cultura de masas* despierta dos reflexiones finales.

La primera de ellas gira en torno a los hallazgos concretos de la investigación. Guiamet consigue, sin lugar a duda, iluminar un eje problemático que hasta ahora había ocupado un lugar secundario en los estudios sobre el socialismo y, más en general, explorar de un modo original las relaciones entre cultura y política en el período de entreguerras. Sin embargo, el balance general del libro no es el de una mirada por completo transformada sobre la actitud negativa del Partido Socialista frente a la cultura de masas. Se sale, en todo caso, con la convicción de que es posible y necesario "matizar" esa imagen tan estereotipada, considerando también la existencia de "un

perfil más innovador, dinámico y flexible" (p. 284). Como concluye el autor, el socialismo no encontró "una respuesta única" al desafío que suponían los nuevos espectáculos culturales para su proyecto. Su libro focaliza en los intentos de "asimilación", que se revelan muy significativos, pero en permanente tensión y en muchas ocasiones en marcada desventaja frente las posturas más críticas y elitistas.

La segunda reflexión tiene que ver con las formas en las que Guiamet despliega el oficio de historiador con el correr de las páginas. En este sentido es justo decir que, aunque *El socialismo argentino y la cultura de masas* está basado en un excelente trabajo de archivo, no busca destacarse tanto por la novedad de las fuentes encontradas como por su capacidad de leer esos materiales (y de leer también la bibliografía precedente) bajo el prisma de la pregunta novedosa sobre la relación entre los socialistas y la cultura de masas. La argumentación se vuelve, en este punto, una herramienta crucial para darle sentido (significado y dirección) a las acciones de los miembros del partido. Y el oficio de historiador es convocado de dos maneras destacadas. Por un lado, en la elección de los casos, orientados a encontrar en lo particular e incluso en lo excepcional una pista para entender problemas más generales. Así, por ejemplo, la trayectoria de un concejal pampeano o la revisión de los modos en que la figura de Carlos Gardel se mantuvo "a resguardo de la ferocidad de las críticas que los socialistas destinaban al tango" (p. 189) aportan vías a través de los cuáles la imagen demasiado cerrada, homogénea, de los socialistas frente a la cultura de masas logra ser puesta en discusión. Por otro lado, otro gesto propio del oficio histórico es la reiterada pregunta por lo tácito o lo ausente, por aquello que no se hace notar de un modo evidente. Entonces, las críticas a las obras de teatro comerciales se tornan interesantes no sólo por su contenido (valga la redundancia) crítico, sino también por su propia existencia en enormes cantidades, que da cuenta, si no de un elogio de sus méritos, al menos de un reconocimiento o aceptación de su existencia e importancia para los sectores populares. La cobertura del combate Firpo-Tracey, por su parte, permite ratificar el firme rechazo partidario al boxeo, pero también termina por delatar "cierta atracción" del cronista socialista, generada por el carácter marcadamente popular del evento y "la emoción de lo desconocido" (p. 228). Es el modo sensible en que este libro identifica, cuenta e interpreta ese vértigo que sintieron los socialistas frente a los grandes cambios culturales de su tiempo el mejor argumento para emprender su lectura.